



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: México, Latinoamérica y la crisis del Estado-nación

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). México, Latinoamérica y la crisis del Estado-nación. *Cuadernos Americanos*, 4(58), 49-59.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 58, (julio-agosto de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MÉXICO, LATINOAMÉRICA Y LA CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN

Por *Leopoldo ZEA*
PUDEL, UNAM

1

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS se caracterizan por una aparente contradicción. Por un lado, la extraordinaria globalización que se está dando a nivel planetario, y por el otro, las múltiples demandas reivindicatorias de individuos y pueblos que no se consideran integrados en tal globalización, lo cual origina violencia y represiones opuestas a la misma. La globalización, a su vez, anula el Estado-nación moderno en que se expresaban las entidades designadas como naciones, el Estado-nación como algo peculiar de la historia, de la Europa moderna a partir del siglo xv, y que se prolonga en los Estados Unidos de Norteamérica. Estados-naciones celosos de su soberanía que es defendida frente a otras expresiones estatales y frente a otros Estados-naciones. ¿La crisis del Estado-nación moderno afectará a México y a la América Latina como naciones? ¿Entra en crisis la idea de nación, propia de la región de la que México es parte? ¿Afecta la soberanía nacional de la región esta crisis? La idea de nación sostenida por el mundo occidental no es la idea que sobre nación han venido sosteniendo los pueblos de América Latina. El Estado-nación europeo y occidental afirma y defiende su soberanía frente a otras soberanías y en defensa de la misma interviene, ampliando la propia, originando una nueva forma de imperialismo, diverso del de la antigüedad expreso en Grecia, Roma y la Europa del Sacro Imperio Romano. Es el neoimperialismo.

El Estado-nación moderno, defendiendo su propia y concreta soberanía, hace de esta defensa una justificación para imponer su propia y peculiar hegemonía sobre pueblos y naciones que considera la afectan. El Estado-nación moderno, como las antiguas *poleis* griegas, defiende sus espacios imponiendo a otras los propios. En

nuestros días aceptan la globalización los defensores del Estado-nación, pero de acuerdo con su interpretación neoimperialista. Un funcionario estadounidense sostenía ante un grupo de latinoamericanos: “Dentro de la globalización que imponen los tiempos, los latinoamericanos no parecen estar capacitados, por su terca negativa, a ceder la soberanía que la misma impone, deben aprender a ceder derechos nacionales”. “De acuerdo —se le contestó—, pero ¿qué están dispuestos los Estados Unidos a ceder de su propia soberanía en relación con América Latina?”. La respuesta fue tajante: “Yo no hablo de los Estados Unidos”. “Nosotros sí”, se le replicó. La cesión de soberanía ha de ser mutua dentro de la globalización que se anuncia y no la que imponen los imperialismos.

Lo que está realmente en crisis es el Estado-nación moderno e imperialista que en defensa de su peculiar soberanía imponía a otros Estados y pueblos sus propios y concretos intereses. Es el Estado-nación que en sus guerras internas y externas, para integrar a Europa o dominar al mundo gritaba: “¡Inglaterra sobre todos!, ¡Francia sobre todos!, América para los americanos”. La globalización que ahora se está haciendo expresa coincide más con las ideas que sobre la nación han sostenido los latinoamericanos que con la excluyente y mezquina globalización imperial eurooccidental. Distinta idea de Estado-nación es la que se hace expresa en un Simón Bolívar cuando decía: “Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria”. América, a su vez, vista como punto de partida para una nación de naciones integradas en la libertad y no ya por la conquista, el coloniaje o la dependencia. Nación de naciones integradas en la libertad que no puede ser exclusiva de un pueblo o pueblos, sino de todos los pueblos que la integran. “La libertad del Nuevo Mundo —dice Bolívar— es la esperanza del universo... En la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo, la federal”.

II

EL Estado-nación moderno surge en Europa para enfrentar el absolutismo teocrático imperial que en la Edad Media sustituyó al imperialismo legal de la antigua Roma. Surge frente a las viejas fuerzas imperiales pero enfrentada también a otros Estados-naciones que surjan y afecten su soberanía. No una nación de naciones, sino una nación sobre otras naciones o centros de poder que le

sean hostiles, cuya absorción pueda acrecentarla. El descubrimiento del continente, bautizado como América en 1492, acrecentará el neoimperialismo. España conjuga la aspiración ecuménica del imperialismo teocrático, que sucede al de la antigua Roma, con el afán crematístico que anima al Estado-nación moderno para acrecentar sus intereses dominando a otros pueblos. Carlos V, rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano, sintetiza esta relación. Su misión será integrar a Europa bajo el signo de la catolicidad amenazada por el protestantismo y cristianizar el mundo descubierto por Colón. La evangelización de los paganos al otro lado de los mares será compensada con las riquezas descubiertas y el obligado trabajo de los indígenas cristianizados que a su vez les permitirá enfrentarse a la Reforma surgida en Europa.

El imperio teocrático español, heredero de Roma, buscará someter a su hegemonía a las fuerzas rebeldes de los Estados-naciones que están surgiendo en Europa. Nuevos Estados que enfrentan la ya anacrónica integración impuesta en nombre de la ortodoxia católica cristiana. Sin embargo, naciones como Francia tratarán de hacerse de la investidura imperial que hacía del dominio temporal un dominio intemporal en nombre de Dios. Ya a partir del siglo XVI, los Estados-naciones que surgirán en Europa disputarán al imperio teocrático español tanto el dominio en el continente europeo como el dominio imperial impuesto por la conquista, más allá de los mares. Un imperio en donde nunca se ponía el sol.

El encuentro a que dio origen el descubrimiento de Colón en 1492, de gente con la cual no estaban en guerra ni por supuesto amenazaba su soberanía, justificó su dominio sobre estos pueblos, partiendo de la diversa identidad étnica, cultural, hábitos, costumbres y religión de la gente con la cual se encuentran. ¿Qué son?, ¿hombres o bestias?, ¿o inocentes criaturas de Dios abandonadas por su creador por sus pecados y por ello destinadas a ser salvadas por sus descubridores, conquistadores y colonizadores? Salvación que los indígenas tendrán que pagar con su trabajo y riqueza. ¿Qué son? Menos que hombres, hombrecillos, "homúnculos", dira el teólogo español Juan Ginés de Sepúlveda.

La siguiente ola expansiva en el siglo XVII se extenderá sobre el resto del mundo al que se podía llegar navegando por el occidente, partiendo de la Europa occidental. Los Estados-naciones europeos, siguiendo la ruta abierta por Colón, se lanzarán sobre América y a partir de aquí sobre las codiciadas tierras ahora al alcance de sus naves. Lo mismo respecto de los indígenas que encuentran en esas

tierras, ¿qué son? Y la respuesta será ahora: son parte pura y simple de la flora y fauna por conquistar y dominar, utilizándola o aniquilándola. ‘‘Para nosotros los occidentales —dice Toynbee— eran algo así como árboles que caminaran o animales selváticos que infestaran el país. Son parte de la flora y fauna local y no hombres con pasiones parejas a las nuestras, viéndolos así como algo infrahumano con derecho a tratarlos como si no tuvieran los derechos que son propios de todos los hombres’’. Las diferencias raciales, étnicas, culturales, de hábitos y costumbres justificaban su sometimiento a quienes eran distintos por su raza, etnia, cultura, hábitos, costumbres, religión, esto es, distintos a sus descubridores, conquistadores y colonizadores.

Los Estados-naciones modernos, occidentales, sin los prejuicios morales propios del mundo cristiano en crisis, podían ampliar su ecumene tanto en Europa como a nivel planetario. No se pensaba en una nación de naciones, sino en una nación impuesta sobre otras naciones, un pueblo sobre otros pueblos, una raza sobre otras razas. Cada uno de los Estados-naciones modernos y occidentales trataron de imponer su propia hegemonía a nivel continental y planetario. El imperio teocrático español pasará pronto a la historia y en su lugar se alzarán los imperios con colonias en ultramar de Francia, Inglaterra y Holanda. Al finalizar el siglo XIX, el Estado-nación que como Estados Unidos surgía en Norteamérica impondrá a nivel planetario la propia hegemonía hasta tropezar con los herederos del imperio teológico de los zares en Rusia, la Unión Soviética. La guerra fría se inicia al finalizar la Segunda Guerra mundial.

Las diferencias raciales, étnicas, religiosas, culturales, de hábitos y costumbres, que justificaban la expansión de los Estados-naciones europeos sobre el resto de la tierra, serán rechazadas en Latinoamérica al igual que el imperialismo de una nación sobre otras naciones. José Vasconcelos, seguidor de Bolívar, acuña la utopía que complementa la bolivariana, la utopía de la raza cósmica. En América, escribe, ‘‘ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura, ni una quinta o una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integrada, hecha del genio y con la sangre de todos los pueblos y por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal’’. ‘‘

III

LA crisis actual del Estado-nación moderno es la crisis del nacionalismo expansivo, de la globalización impuesta por la fuerza, que era lo único que garantizaba su permanencia. Frente a este nacionalismo es que se ha expresado en América Latina la utopía de un Estado-nación de naciones en el cual todos los individuos y pueblos se sientan participantes y no simples instrumentos. Globalización, no la impuesta por la conquista y la colonización, sino la de una nación que asume como propia la diversidad de las naciones, como expresiones múltiples que son de lo humano, tanto étnica como culturalmente.

Lo que está en crisis es el Estado-nación que Hegel expresaba en su filosofía, partiendo del Estado prusiano como un organismo que se expandiría sobre la totalidad de Europa y el resto de la tierra. Expansión excluyente de toda etnia y cultura en las que no encarna el Espíritu objetivo que toma conciencia en Europa, como lo que es y no puede ser de otra manera. Espíritu que excluye a los hombres y culturas de la antigua Asia como lo que fue y no puede seguir siendo y de América y África como lo que no es todavía.

Para el Espíritu que toma conciencia en la cabeza de Hegel, el instrumento de realización es el gran hombre como conquistador. Para Hegel, tales son Alejandro, César y Napoleón. "Quizá —dice Hegel— ha resultado amargo el llevar a cabo sus fines; en el momento en que lo han conseguido, o han muerto jóvenes, como Alejandro, o han sido asesinados, como Julio César, o deportados, como Napoleón. Por ello los hombres históricos no han sido lo que se llama felices".

Pero igualmente infeliz será el contrahéroe hegeliano, surgido en América: Simón Bolívar, que replicó diciendo: "Según esos señores, nadie puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César o Napoleón. Yo no quiero ser conquistador, yo quiero ser libertador. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas". "Libertador o muerto". No se trata de conquistar y al conquistar aplastar y marginar, sino de liberar y al liberar asimilar la diversidad de lo humano para el mejor logro de metas de un Espíritu, encarnación de todos los hombres y pueblos. En América, una región de la tierra que ha entrado a la historia bajo el signo de la conquista, sólo pueden surgir libertadores no conquistadores.

ARNOLD TOYNBEE, al visitar México en 1953, venía interesado en confirmar el papel que, en su opinión, estaba teniendo la Revolución Mexicana iniciada en 1910 en el contexto internacional que se estaba gestando como resultado de las contradicciones en el mundo occidental. De allí habían surgido dos grandes guerras mundiales, dos revoluciones, la revolución social rusa en 1917 y la anticolonial y nacionalista iniciada en México en 1910. En una conferencia alertó a los mexicanos contra el nacionalismo que en Europa había dado origen a las dos grandes guerras mundiales y estaba haciendo estragos en el campo internacional. Obviamente se refería al nacionalismo propio del Estado-nación moderno occidental que al expandirse se había transformado en neoimperialismo.

Distinto de este nacionalismo es el expresado en pueblos como el mexicano, patente en la Revolución de 1910. Ésta no era sino la respuesta al nacionalismo imperial que se había impuesto a México y otras regiones del mundo a partir de 1492. “Hasta en la comparativamente débil civilización nativa de México —dice— la Revolución iniciada en 1910 puede interpretarse como el primer movimiento para sacudir los avíos de civilización que le impusimos en el siglo XVI; y lo que ocurre hoy en México puede suceder mañana en los asentamientos de la civilización nativa sudamericana del Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia”. Un nacionalismo como respuesta al imperialismo. “Desde 1910 —escribe Toynbee haciendo patentes los motivos de su visita a México—, el pueblo mexicano ha desempeñado una función sobresaliente en la vida pública de nuestra civilización occidental. La Revolución en México, desde 1910, me interesa particularmente porque pienso que en este aspecto el pueblo mexicano ha sido un precursor. Lo que ha sido ya realizado en México en este campo, puede quizás ocurrir en otros países latinoamericanos y tal vez también en Asia y en África. La Revolución Mexicana, antes de ser de una gran importancia en sí misma, me parece que constituye un evento histórico. Veo en ella el principio de un movimiento de alcance mundial”.

EN 1989, bicentenario de la Revolución Francesa, es Europa la que conmemora esta fecha histórica. Participa en ella el soviético Mijail Gorbachov que destaca la relación que guarda esta revolución con la rusa de 1917, que continúa y amplía los derechos de los

franceses al resto de los hombres que forman la humanidad. Michel Rocard, primer ministro de Francia, recordando a Victor Hugo expresa: "En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia sino Europa y en el siguiente siglo se llamará Humanidad". Se habla de la Casa Común Europea y se anticipa la que podría ser llamada la Casa Común del Hombre. El viejo sueño bolivariano planteado como posible realización en la misma región de la tierra de la que había partido la conquista y el coloniaje. El Estado-nación moderno y occidental parecía transformarse en una gran casa abierta a todos los pueblos de la tierra.

Que esta integración era posible lo mostraban ya los extraordinarios hechos que se estaban dando simultáneamente a estas declaraciones. La Unión Soviética abandonaba la guerra fría y con ello el alto costo de la carrera armamentista que impedía hacer la felicidad de sus pueblos. Estos pueblos a su vez renunciaban a la integración impuesta por la Rusia de los zares ayer y los comisarios hoy. La integración imperial impuesta se transformaría en integración solidaria.

El otro protagonista de la guerra fría, Estados Unidos, quedaba pasmado ante la decisión soviética de abandonar la guerra fría y la carrera armamentista que implicaba. Lo expresado en París se venía gestando diez años antes. Se actuaba ya para la creación de una Comunidad Europea integrada por pueblos que se sentían incómodos con la dependencia estadounidense impuesta al terminar la Segunda Guerra mundial, dentro de la guerra fría. Estados Unidos imponía a la Europa Occidental esta dependencia en supuesta defensa de su seguridad frente a la Unión Soviética y la Europa del Este bajo la hegemonía de ésta impuesta por razones semejantes.

El extraordinario Estado-nación moderno surgido en la historia como los Estados Unidos de Norteamérica en 1776 era una nación celosa de su soberanía, que se afirmaba frente al imperio inglés del que era colonia. Esta soberanía se hace expresa diciendo: "Sostenemos como evidentes verdades la igualdad de todos los hombres a los cuales su creador ha concedido derechos inalienables como son la vida, la libertad y la felicidad y que a partir de los mismos constituyeron gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de sus gobernados, que sólo ellos podrán cambiar cuando sean contrarios a su felicidad y seguridad". Los autores de esta declaración tenían, sin embargo, esclavos desarraigados de África y consideraban como parte de su misión el universalizar sus derechos acosando y destruyendo a los naturales de la región, así co-

mo a gente sobre cuyas tierras se expandieron al sur de sus fronteras y luego a lo largo de la totalidad de la tierra.

Estado-nación opuesto a toda forma de imperialismo en el continente, expresado en la frase "América para los americanos", reservándose el derecho a imponer su propia hegemonía en supuesta defensa de su felicidad y seguridad de estos pueblos. Como tal enfrentará a los mismos Estados-naciones europeos para anular la hegemonía que éstos habían impuesto a lo largo de la tierra, afirmando su propia decisión de ocupar los "vacíos de poder" que fueron dejando ante la resistencia de los colonizados. En 1898 los Estados Unidos inician la expansión colonial extracontinental. Dos grandes guerras en el siglo xx le permitirán imponerse a nivel universal. Su hegemonía es sólo disputada por la Unión Soviética en la guerra fría, guerra que concluyó en 1989 con el anuncio de la retirada soviética. Esto permitirá a la Europa Occidental buscar su integración y afirmar su propia y concreta soberanía, anulando el dominio estadounidense para preservar su seguridad.

En el mismo 1989, en que se habla no ya de una nación sobre otras naciones, sino de una nación de naciones, de una Casa Común del Hombre más allá de la Casa Común Europea, el filósofo estadounidense Francis Fukuyama reafirma el Estado-nación excluyente, el Estado universal hegeliano. Se afirma el fin de la historia con el fin de la guerra fría y de la carrera armamentista. En el Estado universal que surge no entrarán los pueblos del llamado Tercer Mundo, ni los pueblos de países bajo hegemonía soviética. La pronta desarticulación de la Unión Soviética que sigue a la caída de los muros que dividían a Europa serán vistos como expresión del triunfo absoluto del Estado universal, ahora encarnado en los Estados Unidos. Un Estado universal, libre y democrático, expresado en una economía de mercado, que hará la felicidad de los hombres que lo han hecho posible con sus propios y exclusivos esfuerzos.

Termina la guerra fría, pero no está en la conciencia europea el mantenerse bajo hegemonía de los Estados Unidos. Las causas que lo imponían han terminado. La Europa Occidental tiene su propia y peculiar idea de integración y en ella no caben los Estados Unidos, como tampoco los pueblos que surgieron bajo una hegemonía ideal que desaparecía: el socialismo real. François Mitterrand, frente a la afirmación de Gorbachov de que Rusia era parte de la Casa Común Europea, replica diciendo que los dueños de esta Casa se reservaban siempre el derecho a recibir nuevos vecinos. La Casa Común Europea pretendía ser simplemente europea. Vanos serán los esfuerzos de los Estados Unidos para convencer a Europa Occidental

de que seguía siendo necesaria su defensa armada, ahora frente a las fuerzas excluidas de otros pueblos que buscarían perturbar el nuevo orden. Inútil la Guerra del Golfo, en supuesta defensa del emergente Estado universal. Los rusos volvían naturalmente a sus cuarteles pero los estadounidenses también tendrían que hacerlo voluntariamente. La Europa Occidental se integraría a sí misma pero sin presiones externas.

Los Estados-naciones europeas buscaron su propia integración para superar la dependencia impuesta por Estados Unidos, a partir, precisamente, de esa economía de cuyo predominio hablaba Francis Fukuyama, la economía de mercado. Una economía que superaba la economía propia de la guerra fría en la que se habían desgastado las potencias enfrentadas, Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta última, sin apoyo económico externo, que le permitiese entrar a una economía que le era extraña, se desarticularía y marginaría a sus pueblos y a los pueblos de la Europa del Este que estuviesen bajo su influencia. Los Estados Unidos, que se habían empeñado en la carrera armamentista, cada vez más sofisticada y costosa, serían fácilmente desplazados en una economía de mercado anhelada por individuos y pueblos para satisfacer sus propias y concretas necesidades domésticas. Mejor preparados para esta economía estarán pueblos que no pudiendo hacer armas, como los vencidos de la Segunda Guerra mundial, Alemania y Japón, fabricarán ya utensilios domésticos.

La Comunidad Europea que se forma en la Europa Occidental con Estados-naciones será excluyente respecto de otros pueblos, gentes y naciones. Nación de naciones europeas, distinta de lo que imaginaba Bolívar para América. Excluyente, en primer lugar, de una fuerza militar ya obsoleta, estadounidense. Excluyente de la otra Europa, la del Este, que ya sin muros de retención trataba de incorporarse en un desarrollo y beneficios por los cuales se consideraba no había hecho nada y que, por el contrario, podían limitar. Igualmente excluyente de los pueblos que formaron sus colonias, aunque ellos hicieron posible su desarrollo. Pueblos ya prescindibles en la concepción autárquica europea ajena a la profecía de Victor Hugo.

En el otro extremo del mundo, en el Pacífico, el Japón, también vencido en la Segunda Guerra, se dedica igualmente a crear y recrear en una industria que no era la de guerra, la doméstica, produciendo utensilios que podían hacer la felicidad de la gente y los pueblos capacitados para consumirlos. Industria que no se limitaba

al Japón y los japoneses, sino que era ampliada por los mismos a la casi totalidad de los pueblos que forman la Cuenca del Pacífico. Pueblos que aprendieron a fabricar, maquilando, pero también a competir sin por ello mermar la capacidad creativa del Japón para seguir produciendo nuevas mercancías que serían consumidas por los mismos pueblos ayer maquiladores, ahora competidores, en una sociedad competitiva pero también capaz de compartir para crecer más y más. Japón, padre de tigres, al que se sumará China, madre de dragones, acrecentando también una economía en la que no tenían lugar los Estados Unidos.

Será dentro de este horizonte que los Estados Unidos, marginados dentro de la economía de mercado en Europa y Asia, cargando con una costosa industria bélica ya obsoleta, buscarán en otra región los mercados para su reactivación económica, en el mismo continente americano, al sur de sus fronteras, en pueblos vistos hasta ayer como traspasos de sus intereses. Más de 500 millones de latinoamericanos podrán formar el extraordinario mercado para la reactivación y modernización económica estadounidense. Pero mal mercado pueden ser pueblos pobres y por ello incapaces de consumir los productos de esa industria. Habrá entonces que cambiar esta situación, estimular el desarrollo económico de la región como ya se hacía en Europa y Asia con pueblos no desarrollados. Ello implica interrelacionar economías diversas, posibilitando el desarrollo allá donde no existió y al posibilitarlo potenciar la capacidad de sus pueblos para consumir, estimulando a su vez una industria que tendría que ser participativa. Se propuso así el Tratado de Libre Comercio que se iniciaría entre México, Canadá y los Estados Unidos y que se extendería a toda América Latina para integrar dentro de una gran y sólida economía a los pueblos que forman el continente americano. Se avizoraba, por esta vía, la realización del viejo sueño bolivariano.

Sin embargo, en los Estados-naciones, tanto europeos como estadounidenses, se harán pronto patentes resistencias a esta globalización. Europa Occidental estaba dispuesta a la creación de una Comunidad Europea, pero estrictamente de europeos occidentales; a una Casa Común Europea, pero no a una Casa Común del Hombre. Se puso en marcha allí una gigantesca autarquía que mantuviese el desarrollo de la región y al mismo tiempo impidiese la entrada de fuerzas extrañas que lo pudieran afectar.

En los Estados Unidos surgirá la resistencia a tratados con economías desiguales que consideraban afectarían su desarrollo.

¿Tratado con México y América Latina para potenciar mercados inexistentes? Pueblos pobres, miserables, sólo extenderían la miseria a la región. ¿Por qué no tratados con naciones semejantes? ¿Por qué no con Alemania y con Japón? Se olvidaban que es con estos pueblos que se enfrentan los Estados Unidos, que son el obstáculo para su entrada a la economía de mercado. Pero insiste, ¿por qué compartir el desarrollo alcanzado con pueblos que no habían hecho nada por él? Por el contrario, habrá que impedir que gente que ha sido incapaz de triunfar por sí misma entre a los Estados Unidos destruyendo lo alcanzado por un pueblo capaz de hacerlo. La resistencia originada en Europa y en Estados Unidos sólo podría originar reacciones violentas de gente que se sabe desplazada y condenada a la marginación. La crisis de los Estados-naciones modernos y occidentales ha sido originada en la incapacidad de estos pueblos para entender la relación que los mismos guardan con los pueblos sobre los cuales impusieron su hegemonía y ahora consideran les son prescindibles.

Lo cierto es que ya en los pueblos así marginados, los del Tercer Mundo, asiáticos, africanos y latinoamericanos, están tomando conciencia de la posibilidad de soluciones como las propuestas en América Latina en su utopía de una nación de naciones y de una raza de razas. En la Cuenca del Pacífico asiático, sin planificación alguna, sin propuestas previas de integración, se está originando una globalización en la que sus diversos miembros, con sus diversas etnias, culturas, hábitos y costumbres están potenciando esa economía de mercado. Pero una economía que no sólo debe producir bienes de consumo, sino también consumidores de la misma. Se toma conciencia de que el estímulo al trabajo origina a su vez estímulo a un consumo que puede ser cada vez más amplio en una espiral que puede no tener fin. Se va más allá de la idea de que el desarrollo ha llegado a su fin y lo alcanzado no puede ser compartido. Por el contrario, en la medida en que lo sea, el desarrollo podrá acrecentarse.